

SIGNIFICACION DE LA PRESENCIA DE EISENHOWER EN LA CASA BLANCA

El simple hecho de que quien ha sido huésped cuatrienal de la Casa Blanca, ceda su inquilinato a un nuevo vecino, es ya de por sí relevante; dicha trascendencia la determinan y explican dos circunstancias específicas; de un lado el alto grado del protagonismo internacional norteamericano, en el trancó histórico presente y de otro la suma de poderes que la constitución de 1787, concentra en manos del jefe del Ejecutivo. Mas ahora, en este período posbélico, tal protagonismo habitual se ve incrementado de manera abultada. Sin necesidad de referirnos a lo que pueda acontecer en los cuatro próximos años del presente mandato presidencial (1953 a 1957) tarea de predicción que nos adentraría en el riesgo inherente a toda conjetura, bastará referirse a lo que en el presente año de 1953 puede considerarse como inminente; sin referirnos a problemas de tipo secundario, cabe enumerar los siguientes:

1.º—Estar pendiente de ratificación el Tratado sobre la creación de la comunidad europea de defensa, de 27 mayo 1952. Dicho convenio, aparte su importancia intrínseca, se nos presenta encerrando la siguiente y trial significación: a)—no constituye tal pacto un fin en sí y más bien nos es ofrecido como un artilugio instrumental, destinado a fortalecer en el orden castrense y más tarde en el político, lo que habrá de ser en su día superestructura europea; b)—parece que Europa se encuentra situada ante, el trance dilemático del ser o no ser; lo segundo, si no se pone remedio a la actual dispersión posbélica; lo primero, si el viejo mundo se dispone a prescindir de la escala municipal, hasta el presente utilizada como unidad de medida y opta por la adopción de un sistema concebido en proporciones continentales; c)—en contra de lo que se ha dicho insistentemente, el tratado sobre la creación de la comunidad europea de defensa, no puede considerarse como una especie de séxtuple alianza (Alemania, Francia, Italia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo) y revestir por tanto la forma tradicional de una coalición, destinada a prolongar en el orden del tiempo el sistema del equilibrio político. Tal versión, que ha sido, en cierto modo, defendida por un catedrático de la Universidad de Sevilla, sugiere varios y no irrelevantes reparos: 1.—todo tratado de alianza, es por destino y contenido un además de índole episódica; tal característica la estimamos inadecuada, para ser aplicada a un pacto, al cual se le asigna una vigencia de medio siglo; 2.—las alianzas clásicas adoptaban la forma de dos coaliciones potencialmente hostiles; ahora bien, una coalición presupone la agregación voluntaria de fuerzas guiadas por el propósito de proveer a la mutua supervivencia y es precisa, por consiguiente, la utilización, como elemento aglutinante, de una mínima libertad de elección, con vistas al fortalecimiento de la idea del bien común y si estas notas esenciales, en cuanto factores de coherencia, son perceptibles en la Europa occidental resultan inexistentes al otro lado del telón de acero, donde impera el sistema, yugulante y hegemónico, del satelitismo; 3.—un tratado de coalición es indefectiblemente un acuerdo emergente, generado por unas circunstancias específicas y cuando éstas sufren alteración, en el mismo sentido se desactualiza el tratado de alianza, reflejo de tales circunstancias; semejante característica no se encuentra en el tratado sobre la creación de una comunidad europea de defensa, de un lado, por la vigencia asignada a dicho concurso y de otro, por cuanto

a las alianzas típicas, dejaban enteramente a salvo la soberanía específica de cada uno de los Estados signatarios, en tanto a la Comunidad europea de defensa le atribuye el artículo 1.º carácter supranacional y el 128 le asigna virtual permanencia al señalarle una vigencia de medio siglo.

2.º—La celebración, el 6 de septiembre próximo, de elecciones generales en la Alemania Occidental; como fruto de esas elecciones, nacerá un nuevo Bundestag, con efectividad hasta septiembre de 1957; sería aventurado predecir cual pueda ser la composición de la citada Cámara y si en ella predominará la actual coalición gubernamental (en principio inclinada a la aprobación del Tratado de la comunidad europea de defensa) o si, por el contrario, el control corresponderá a los socialdemócratas, cuya hostilidad a la aprobación del Tratado de la comunidad europea de defensa es bien evidente. De ahí que para muchos intérpretes de lo que hoy significa la posición política de la Alemania de Bonn, resulte aventurado e incluso imprudente, someter a la aprobación del Bundestag un tratado, cuando el Parlamento de Bonn, va a ser disuelto en plazo próximo y elegirse una nueva Cámara que resulta ser hasta el presente una incógnita. La explicación que se nos brinda de ese sorprendente hecho, es la siguiente: Adenauer quiere ofrecer a los Estados Unidos pruebas de su buena voluntad; produciéndose en tal sentido, si el Tratado instituyendo una comunidad europea de defensa, no es ratificado y si el epílogo negativo se atribuye a la acción de una determinada nación signataria—en este caso Francia—los Estados Unidos, opuestos a presencia indefinidamente, lo que ellos denominan indisculpable municipalismo europeo pensarían en la conveniencia de articular de otro modo la defensa de Europa procediendo a lo que llamaríamos su «atlantización», es decir a incluir a la Alemania Occidental en la N. A. T. O. con el necesario aditamento de una más efectiva participación en la defensa europea, tanto de Norteamérica, como de la Gran Bretaña. Todo lo cual plantearía un serio problema a los partidarios del neoislacionismo francés y a cuya posición dialéctica queremos referirnos seguidamente.

3.º—Si es cierto, como se asevera, que la historia no se repite de modo inflexible, nos parece innegable, que, en lo que atañe a ciertas experiencias, nos ofrece ejemplos de reiteración. Así lo que había de ser *Covenant*, estaba en buena parte inspirado en los 14 puntos del Presidente Wilson; de ahí la inexplicable extra-

fiereza del mundo; al comprobar como el Senado de Washington, a lo largo del año de 1920, sepultaba un Pacto de incuestionable ascendencia norteamericana. Ahora, también con explicable sorpresa, el mundo posbélico, está asistiendo al nacimiento de una nueva y no menos sorprendente paradoja: Francia, a la iniciativa de uno de cuyos Ministros se debe el proyecto encaminado a la creación de un ejército europeo, plagia la táctica de los senadores republicanos de Washington de 1920 y así como éstos a través del sistema perfeccionista que implicaba la presentación de enmiendas, más o menos descabelladas, malograron la aprobación del *Covenant*, ahora, no ya la oposición o el filibusterismo, sino el propio gobierno francés, es el que supedita la aprobación del Tratado creando una comunidad europea de defensa, al requisito de incorporar al mismo determinados protocolos adicionales. Como justificación de tal perfeccionismo, se alega que los propuestos protocolos adicionales, no alteran ni el espíritu ni la letra del citado convenio y solo persiguen el logro de una finalidad aclaratoria, necesaria para lograr la neutralización de resistencias posibles—más probables que posibles—de la Asamblea francesa a la aprobación del Tratado, en su actual redacción. Tal explicación no parece aquietar a la Alemania occidental, ya que en Bonn se considera que tales protocolos adicionales, pretenden alimentar dialécticamente, esa inclinación nostálgica hacia la posible restauración del dirigismo francés, en la misma medida en que implican la imposición de un criterio discriminatorio en perjuicio de la Alemania occidental, la cual, como se sabe, ha elevado a la categoría de condición *sine qua non* el reconocimiento principal de la doctrina de la igualdad de derechos.

4.ª—El volumen de la ayuda norteamericana a los países signatarios del Tratado de comunidad europea de defensa, depende, no sólo de las muestras que ofrezca la Europa occidental, en el sentido de laborar por su inaplazable integración, sino de lo que el Congreso de Washington—llamado constitucionalmente a votar los créditos—piense respecto de la buena voluntad amitiva europea. Ello explica que cuanto suponga dilatar la aprobación, por parte de la Asamblea francesa, del Tratado para la comunidad europea de defensa, genere la exasperación de los parlamentarios de Washington, cuya posible decepción podría llevarlos a pensar en la

de la comunidad europea de defensa, por el sistema de la estrategia periférica, disculpable en cuanto concepción ideada por una talasocracia y a cuyo tenor los puntos de apoyo de esa propugnada estrategia periférica, serían España, el Africa del Norte, Grecia, Turquía y acaso Yugoslavia; la reciente conclusión del tratado turco-griego-yugoeslavo, ofrece un adecuado punto de apoyo a los defensores del sistema de la estrategia periférica y como Francia, alegando la proximidad de las elecciones municipales, pretende diferir la discusión parlamentaria del Tratado para la comunidad europea de defensa, ese aplazamiento pudiera favorecer la tesis de los estrategas periféricos. Es de interés consignar a este propósito de qué modo se tiende a conectar el problema de la integración de Europa, a la celebración de elecciones parlamentarias o municipales, ligándose así, de modo a la vez inadecuado e inexplicable, episodios políticos de índole doméstica a problemas de enorme alcance internacional, sin tener en cuenta que la obligación de continuidad de la política internacional, no debe ser hipotecada a pretexto de alteraciones en la política interior de los países signatarios.

5.ª—La reciente desaparición de José Stalin, accidente que ha generado un estado de duda y vacilación en el mundo occidental y respecto del cual tanto se ha especulado. Cuantos pretenden calibrar lo que puede representar para el mundo libre la desaparición del autócrata ruso, acaso dispensen demasiada relevancia a ese necesario reemplazo que la ausencia de Stalin implicará inevitablemente. A nuestro entender, Rusia, en el presente momento se encuentra situada ante las siguientes posibles inclinaciones. Podemos asistir, tanto a una occidentalización de la política internacional rusa, cuanto a su inclinación más acusada hacia el mundo asiático. No se olvide a este propósito que alguno de los que se designan como probables sucesores de Stalin,—Malenkov—no han tenido contacto con el mundo occidental y esta circunstancia acaso los impulse a practicar una política de cierta prudencia respecto del mundo libre. En contraste, un camino parece abierto a Rusia, sin los riesgos que acarrearía la intensificación de la «guerra fría» respecto del llamado mundo libre. No se olvide que los planes quinquenales, encaminados al logro de la articulación del denominado océano interior ruso, se realizaron en zonas muy alejadas del occidente, como sucedió a propósito de la creación de una poderosa industria pesada en

los Urales, (impulsada en gran parte por Malenkov); circunstancia que parece favorecer la puesta en práctica de una política panasiatizante. Al propio tiempo, recuérdese que la mayor parte de las concesiones, consentidas por Roosevelt, en favor de Rusia, en los pactos secretos de Teherán y Yalta, se refieren especialmente al extremo oriente. Así se reinstalaba Rusia en aquellas alejadas latitudes (Manchuria, con los puertos de Dairen y Port Arthur, Sajalin del Sur, Mongolia Exterior, islas Kuriles) y reanudaba la historia que había sido truncada tras los desastres rusos en Tushima y el río Yalu; un Roosevelt (Teodoro) había actuado como intermediario para posibilitar la exclusión de Rusia del Extremo Oriente, a través de las cláusulas del Tratado de Portsmouth y otro Roosevelt, invierte los términos del problema, poniendo en manos de Rusia, todo lo que había perdido en 1905. Esa serie de circunstancias dieron nueva vigencia e ilimitadas posibilidades a la política rusa de penetración en Asia. El tratado de Moscú de 1950, puede considerarse como complemento de esa política asiática, ya que incluye a China en el bloque soviético y posibilita el nacimiento de un bloque autárquico, integrado por 800 millones de consumidores. A este tratado asignará prominente relevancia Stalin en su famoso artículo del «Bolchevik», en el cual sostenía que el mercado internacional, había sido objeto de retracción, eliminando del mismo esa enorme extensión territorial, controlada por Rusia. Si esta política panasiatizante recibiera ahora un refuerzo por parte de Malenkov, llamado a suceder a Stalin, en ese supuesto, podría considerarse que el control ruso sobre Polonia, Tchechoslovaquia, Rumania, Hungría y Bulgaria, tendría la significación de un parapeto, más de inclinaciones quietistas que dinámicas o expansivas y al amparo de ese conjunto de pueblos sometidos, emprender, con el dorso ruso debidamente guardado, una política de acentuada penetración en el continente amarillo.

Acaso se piense que esa posible inclinación rusa constituyese un motivo de aquietamiento y relativa seguridad para el mundo occidental europeo. No es esa nuestra interpretación, por cuanto la acción rusa en la inmensidad eurásica exigiría de los Estados Unidos un incremento de la posibilidad de su política asiática, inclinación que implicaría como previsible consecuencia, el relegar a segundo plano la acción de Norteamérica respecto de Europa. En este sentido la muerte de Stalin, podría significar un fortalecimiento de la interpretación que de la política asiática se defiende

en los medios políticos británicos, en el sentido de no considerar como definitiva e irreformable la enfeudación de China a Moscú y con arreglo a tal criterio no considerar como adecuada una política de clara hostilidad hacia la China de Mao Tse Tung.

En cualquier caso la posible orientación, de Rusia hacia la inmensidad eurásica, no alteraría los designios finalistas de Rusia, encaminados a la posibilidad de convertir a la U. R. S. S. en una auténtica cosmocracia, ya que, caso de ser realizable esa mastodónica autarquía, incluyendo dentro de sus límites a China, ello no sería un fin en sí, sino el antecedente preciso, para la realización de un designio de alcance cósmico; apoyarse en Eurasia, para emprender seguidamente la absorción de la parte periférica del mundo asiático y después la del mundo en su integridad.

En suma, la crisis abierta en el seno de la U. R. S. S. como consecuencia de la ausencia staliniana, puede implicar el aplazamiento del temido y pronosticado choque entre oriente y occidente y sobre todo, algo de no acaso menor relevancia: la provocación de disparidad de criterios en el seno del mundo occidental, en lo que atañe, a si es o no aconsejable embarcarse en la política internacional propugnada por Eisenhower, en lo que a China concierne.

6.º—Parece que se registra en los Estados Unidos una inclinación, en el sentido de extender y fortalecer el slogan preelectoral, a tenor del cual, así como se propugna el «Let asians fight asians», se considera igualmente adecuado afirmar que la defensa de Europa, ha de ser tarea encomendada primordialmente a los europeos y semejante misión no resultará realizable, si el viejo mundo se obstina en galvanizar el sistema periclitado del nacionalismo picudo y de la soberanía rígida e ilimitada. Los Estados Unidos, aduciendo el ejemplo que les brinda su propia experiencia política, piensan que si Norteamérica pudo construirse a escala continental, no existe razón para que la Europa extrasoviética no pueda reiterar semejante experiencia, sepultando de una vez y para siempre su «municipalismo». Consideramos que el reproche norteamericano, principalmente correcto, no tiene en cuenta que sobre Europa proyecta su influencia muchos siglos de historia y si al viejo mundo le fué dable, pese a sus guerras y la inestabilidad inherente al sistema de la «balance of power», actuar no solo como regidor de esta esquina europea, sino incluso como rector de la política mundial, debe disculparse el que Europa no se re-

signe a perder lo que constituye perdurable protagonismo, realizado a lo largo de cuatro siglos, durante cuyo decurso de tiempo, los problemas mundiales se concebían únicamente en función de Europa. Bien se nos alcanza que la alteración en el reparto del poder sobre la tierra, fruto específico de esta posguerra, desvió el eje del protagonismo hacia tierras extraeuropeas, pero la alteración en el modo de vincularse la suma de poder, no quiere decir necesariamente que sus beneficiarios, dispongan de la capacidad necesaria para manipular adecuadamente esos instrumentos de poder.

7.º—El recientemente fallecido José Stalin, considerando maduro el fruto del árbol que plantara al epílogar la guerra europea número dos, esto es, reputando que la «guerra fría» había sido llevada a sus últimas consecuencias disociadoras, creyó llegado el momento de formular una profecía, que a muchos consternó y que a algunos menos se les apareció portando una innegable indigencia dialéctica. Aludimos al ya citado artículo, publicado en la Revista «Bolchevik» (octubre de 1952), pocos días antes de reunirse el XIX Congreso del partido comunista ruso, aún cuando escrito en el mes de febrero de 1952. Stalin construía del modo siguiente, lo que consideraba como aquietante refuerzo dialéctico del sedicente comunismo ruso: el mundo capitalista funciona apoyado en el imperialismo económico y éste a su vez debía contar con el presupuesto de la existencia de un mercado mundial. Esta máquina a escala ecuménica, había sido desarticulada, ya que el sistema autárquico y monolítico de la U. R. S. S. se extendía sobre doce naciones, con una población de 800 millones de habitantes, bloque económico-político, sustraído de la comunidad internacional a expensas del mundo capitalista; esa retracción de lo que había sido y ya no podía tornar a ser mercado mundial, implicaba a la vez otra consecuencia: agudización de las rivalidades existentes entre las potencias capitalistas, consecuencia de la merma registrada en su campo de acción, que reducía sus rivalidades en el orden de espacio, acentuándolas en la misma medida en que el área de expansión se cercenaba. Así era preciso relegar a lugar secundario la tesis ortodoxa, a tenor de la cual era inevitable el choque entre los mundos capitalista y comunista, tesis que había de reemplazarse por la nueva versión staliniana, de que las contradicciones en el seno del mundo capitalista, se habían agudizado en volumen tal, que su choque y el consiguiente hundimiento de los discrepantes, parecía revestir ahora la condición de inevitable.

Esta profecía staliniana, tan glosada y tan preocupante a la vez, alcanzó muy reducida vigencia, como tendremos ocasión de comprobar en lugar oportuno. Mas ello no obsta para que esa especie de canto triunfal de la «guerra fría», impresionase en ciertos medios occidentales y especialmente en Norteamérica, donde fuera conocida un mes antes de celebrarse las elecciones presidenciales de 4 de noviembre de 1952.

8.ª—La precedente versión staliniana, parecía robustecer la pertinencia del slogan, que tanto contribuyó al triunfo, alcanzado por Eisenhower y que se formula con las palabras «Time for a change»; ese cambio que se propugnaba como necesario y que algunos reputaban de salvador, sirvió a Eisenhower, en gran parte, como tema de su propaganda electoral. Nos decía, el entonces candidato a la Presidencia, que su partido no se consideraba prisionero de la historia, frase enigmática, extraña e imprecisa a la vez, pero, que puede traducirse en los siguientes términos: veinte años de administración demócrata, especialmente a contar de 1945, se habían ofrecido con toda la desnudez de su ineficiencia y la política internacional, patrocinada desde la Casa Blanca, adolecía de un terrible defecto: tratarse de una política internacional, a remolque de la iniciativa rusa. Pero no solo debía destacarse esa mácula de carencia de iniciativa, reflejada en la denominada política de contención, sino que tal diagnóstico veía incrementada su condición de siniestro, al comprobar, cómo incluso en el supuesto de que la política de contención se mostrase eficiente, en definitiva, la prolongación del actual *statu quo* posbélico, solo beneficiaría a Rusia, garantizando la prolongación indefinida del satelitismo y posibilitando la organización económico-militar de ese inmenso bloque monolítico, controlado por la U. R. S. S. Se imponía por tanto, alterar el proceso histórico posbélico, arrebatando a Rusia la iniciativa y situando en manos de Norteamérica el máximo de conyunturas de protagonismo.

Ya Foster Dulles—actualmente Secretario de Estado—en un artículo publicado en la Revista norteamericana LIFE (19 mayo 1952), titulado «Por una política de audacia», delineaba lo que, según su versión, podía ser y no debía ser la política internacional norteamericana. Foster Dulles citaba en apoyo de su tesis, encaminada a la dinamización de la política exterior estadounidense, y como experiencia aleccionadora, un muy lejano precedente histórico, al cual alude Demóstenes en una de sus famosas

Filípicas (Demóstenes «Contra Filipo». 1.—Filípica 1.^a, 38-41, Edición de Teubner). Allí se refleja de qué modo Filipo de Macedonia, retenía en sus manos la iniciativa y obligaba a sus adversarios—los atenienses— a marchar a remolque del dinamismo macedónico. Cuando Eisenhower entra como nuevo huésped de la Casa Blanca, reactualizando las aleccionadoras advertencias demostenianas, puede el Presidente electo, percibir, hasta qué punto, el papel de Filipo encarnaba en José Stalin y la desorientación de los atenienses encontraba su plural en los distintos sistemas ideados en materia de política internacional, por la administración demócrata (sistemas del apaciguamiento, de la contención y tesis de la diplomacia total), mas como las alteraciones históricas de tipo substancial, raramente se alcanza *per saltum*, la tarea inmediata de Eisenhower, se centró en intentar la superación de la U. R. S. S., en la tarea que había servido de alimento dialéctico a la «guerra fría», esto es, sembrar la misma angustiosa perplejidad que Rusia había esparcido a caballo de su protagonismo, de tal manera que fuese la U. R. S. S., la que conociese cuanto hay de tormento en el espíritu de un pueblo, cuando no le es dable conocer los propósitos que animan a su oponente (en este caso los Estados Unidos). De ahí una consecuencia relevante: la acción de Eisenhower va a orientarse en sentido específico: positivar, hasta que ello fuese factible, la política internacional norteamericana, sin perjuicio de inyectar en la misma la dosis de imprecisión suficiente, para que Rusia percibiese claramente que un cambio de táctica se estaba operando, en el sentido de que Norteamérica perseguía la finalidad de minimizar los riesgos y la peligrosidad de la llamada «guerra fría».

Eisenhower es el 34.º Presidente de los Estados Unidos; ante sí hay una tradición que siempre ha proyectado su influencia sobre la trayectoria de la política internacional norteamericana, especialmente a partir del histórico Mensaje de 2 de diciembre de 1823. La tesis monroica, tan insistentemente aducida y tan reiteradamente glosada, puede decirse que es fruto lógico de las doctrinas articuladas por Jorge Washington primero y por Jefferson más tarde; ahora bien, para que aquellas doctrinas cristalizaran, era preciso que concurrieran circunstancias favorables y que tal coyuntura táctica fuese inteligentemente aprovechada; lo primero se generó a impulsos de lo que para el Nuevo Mundo podía suponer la exportación al Hemisferio Occidental de las doctrinas

intervencionistas de la Santa Alianza; lo segundo fué obra de la genialidad política de Canning; coyuntura y sugerencias, hábilmente explotadas por John Quincy Adams, a cuya astucia política y acentuada clarividencia, es preciso atribuir la paternidad de la Doctrina de Monroe. Así se abría paso en los medios oficiales de Washington, la imagen plural de dos mundos distantes y distintos a la vez, separados por la inmensa barrera del Atlántico y llamados a destinos diferentes. Decíase que la primer nota diferenciadora del viejo y el nuevo mundo tenía carácter dimensional; los Estados Unidos, a impulsos de esa inclinación místico-política que se denomina «destino manifiesto», aspiraban a cobrar la estatura y el volumen de una nación a escala continental. «Europa—al menos ésta era la versión norteamericana—estaba condenada a ser víctima de su incurable atomización política, lo que desde el otro lado del Atlántico se denominaba «municipalismo». Este criterio diferenciador, que informa la política internacional norteamericana, desde que Jorge Washington diera a conocer su histórico «Manifiesto de Despedida», se tradujo en una especie de constante histórica: el aislacionismo norteamericano, traducción esquemática de la imagen de dos mundos distintos y distantes. El aislacionismo, que en sus postreras manifestaciones se nos manifiesta como una lucha obcecada frente a un irremediable anacronismo, en mayor o menor medida informa la política internacional de los dos grandes partidos políticos, el demócrata y el republicano; no influye, al parecer en la vigencia de esa obsesión, la circunstancia de que, por vez primera en su historia, los Estados Unidos tomasen parte activa y decisiva en la guerra europea número uno, ya que, apenas finalizado aquel conflicto, el aislacionismo renace con nuevo ímpetu y tiene todavía suficiente vigor para provocar la secesión norteamericana, respecto del Pacto de la Sociedad de las Naciones. No se diga que este movimiento retractor respecto de la Europa posbélica, es consecuencia de la instalación en la Casa Blanca de Presidentes republicanos, como Harding, Coolidge y Hoover, ya que después de la victoria demócrata en las elecciones presidenciales de 1931, Roosevelt sanciona sus dos leyes de neutralidad de 1935 y 1937 (reflejo articulado del aislacionismo, esta vez proclamado *a priori*).

Téngase presente que el aislacionismo no acusa su beligerancia, exteriorizándose en forma clara e inequívoca; frecuen-

temente gusta de ocultarse tras sistemas sinuosos e indirectos. Ello explica el que, según nuestro parecer, a la proyección del aislacionismo deba achacarse, en gran parte, la aparición y posterior vigencia de la «guerra fría» y como esta nuestra aseveración pudiera aparecer extraña, sorprendente y recusable, a su esclarecimiento y justificación, queremos dedicar unas cuantas consideraciones. Los Estados Unidos, en los dos períodos posbélicos (sin duda más acentuadamente en el primero que en el segundo) pugnaron por considerar su participación en las dos contiendas universales, como un auténtico episodio. Por ello en 1920 se desentendieron de Europa y pugnaron por dejar al viejo mundo, entregado a sus propias desventuras, generándose a la sombra de esa deserción, lo que había de ser la segunda guerra mundial. Aun cuando en más atenuada dimensión, una inclinación semejante se registró en los años de 1945 y siguientes; los Estados Unidos, con notoria precipitación y evidente imprudencia procedieron a su desarme, en tanto Rusia retenía intactas sus fuerzas e incluso las perfecciona e incrementa; es así como se genera un desequilibrio de potencia, en beneficio de Rusia, alteración que la U. R. S. S. explotaría en su provecho, articulando a la sombra de tal desequilibrio, lo que después había de conocerse con la denominación de «guerra fría», de cuya vigencia registramos síntomas inequívocos. De todo lo expuesto cabe deducir que los Estados Unidos, con su obsesión aislacionista, han creado en dos etapas posbélicas situaciones angustiosas, para lo que ellos denominan el mundo libre.

Aun cuando con evidente retraso, una gran parte de la opinión norteamericana se dió cuenta de que era preciso decretar el sepelio del aislacionismo y así hizo su aparición en la escena política norteamericana, el conocido slogan «Time for a change», arma dialéctica preelectoral tan insistentemente empleada por Eisenhower. Los apuntaladores dialécticos del citado slogan, acaso víctimas de un fenómeno de espejismo, no lograron percibir que el cambio por ellos tan insistentemente solicitado, constituía ya realidad desde el 24 de agosto de 1949, día en que entró en vigencia el Pacto del Atlántico, alianza de carácter permanente—dentro de la relatividad de lo que humanamente denominamos perdurable—e inversión del sistema propugnado por Jorge Washington, que señala a sus conciudadanos el riesgo que implicaría para los Estados Unidos, el signar con potencias eu-

ropeas alianzas de tipo permanente y por tanto peligrosamente comprometedoras.

El mito es artificio de gran eficiencia en la acción política, cuando ésta tiende a proyectarse sobre grandes masas y el contenido mítico del slogan «Time for a change» constituyó en manos de Eisenhower un elemento de victoria, triunfo no adscribible al partido republicano; compárese, a este respecto, el número de votos recogidos por Eisenhower con los sufragios depositados para elegir coetáneamente Senadores y Representantes; éstos últimos acusan equiparación de las fuerzas en presencia. Se dirá que esta equiparación no es tan relevante, como a primera vista pudiera deducirse, por cuanto en Norteamérica no impera el régimen parlamentario y el Presidente designa libremente a sus Ministros (Secretarios), los cuales, para actuar, no precisan contar con la confianza de ambas Cámaras; mas no se olvide que el Senado es titular constitucionalmente de omnipotencia, en lo que atañe a la ratificación de ciertos tratados internacionales y que para la votación de créditos (de cuya cuantía, pende en gran parte la eficiencia del Pacto del Atlántico y del Tratado de la comunidad de defensa europea) es preciso contar con el Congreso. Ese conjunto de circunstancias inclinará a Eisenhower a practicar una política internacional que los norteamericanos denominan bipartita y de cuya política nos ofrece ejemplo la rectificación de Eisenhower, a propósito de su propuesta declaración, sobre el «no reconocimiento» de aquellas cláusulas contenidas en los pactos secretos y a cuyo amparo Rusia pudo esclavizar determinados pueblos a ella contiguos. Una de las causas que han instado a Eisenhower a proclamar su sistema del «no reconocimiento», ha sido el proveer de contenido dialéctico, la denominada política internacional de alcance bipartito y como esta citada norma de acción constituye una de las notas originales de la política internacional propugnada por Eisenhower a la misma es procedente dedicar adecuada atención.

La doctrina del «no reconocimiento» hace acto de presencia en Norteamérica, el 7 de enero de 1932, cuando el entonces Secretario de Estado, Henry L. Stimson, alarmado por la ocupación nipónica de Kingtcheu y temiendo el establecimiento de un control nipón sobre la integridad de la Manchuria declara: «El Gobierno de los Estados Unidos, no reconocerá tratado alguno, concluido entre China y el Japón, susceptible de afectar a los

Estados Unidos y a sus ciudadanos en sus derechos e intereses en China, conocidos con la denominación genérica de «política de puerta abierta». No reconocerán situación, tratado o acuerdo, creados por medios contrarios a los consentidos por el *Covenant* y a las obligaciones que se deducen del Pacto de París, del cual son firmantes China, Japón y los Estados Unidos». Veamos ahora cual es la versión que de la teoría del «No reconocimiento» nos ofrece Eisenhower.

Entre los denominados «main points» de la política internacional norteamericana, enumerados por el nuevo Presidente en su Mensaje ante el 34 Congreso de Washington, el 2 de febrero de 1953, se inscribe el siguiente: «No otorgaremos nuestra conformidad a la esclavización de otros pueblos aun cuando nuestra aquiescencia implicase para nosotros una ventaja. En un próximo futuro instaré al Congreso, al efecto de que vote una Resolución, dando a entender de manera clara que este Gobierno no se reconoce ligado por los acuerdos consignados en convenios secretos, concluidos en el pasado, con otros gobiernos extranjeros, pactos que faciliten la referida esclavitud». Días después en el curso de una conferencia de prensa (17 de febrero de 1953) Eisenhower se refería nuevamente al problema de los acuerdos secretos y su tesis fué reflejada así: «El otro punto que Eisenhower deseaba discutir es el de los acuerdos secretos. En modo alguno quiso decir que consideraba factible o deseable que el Gobierno de los Estados Unidos iniciase una acción, haciendo saber que lo acordado en éste o en el otro lugar, en éste o en el otro tiempo, sería repudiado. No es eso lo que se ha querido significar. Pero quiero dar a entender que consideraba necesario que este Gobierno hiciese saber de manera inequívoca que el corazón de América había dispensado su disentimiento, respecto a cuanto significase esclavización de un pueblo y en este sentido se está estudiando el modo de articular una declaración haciendo constar, de modo claro, la opinión del Gobierno, para que no quede duda respecto a cuales son sus intenciones «Contestando Eisenhower en esa conferencia de prensa a las preguntas formuladas por Andrew-Tully de la cadena periodística Scripps-Howard, decía: «Personalmente no he revelado acuerdos secretos, ni empleado la palabra «secretos», en el sentido de que cuando tales pactos fueran concluidos, tenían que ser necesariamente secretos. Continuaron ostentando esa condición de secre-

tos, en el sentido de que no han sido sometidos a la aprobación del Senado, por cuyo motivo no pueden considerarse como tratados públicos. Por lo cual solo me refería a aquellos y a las disposiciones de los mismos, que concurrieran en el sentido de contribuir a la esclavización de los pueblos». Puntualizaba el problema, Foster Dulles en los siguientes términos: 1.º dejar clara constancia de que nosotros consideramos que Rusia ha violado los acuerdos concluidos en el curso de la guerra y 2.º declarar, de modo no menos terminante que al pueblo norteamericano le anima el deseo y la esperanza de que un día se alcance la munimisión de los pueblos cautivos.

Ahora, conocido lo que antecede, recordemos lo que Eisenhower hacía saber en relación con la innovada política internacional norteamericana: establecer una adecuada distinción entre aquello que los Estados Unidos se dispone a realizar y el cómo, el cuándo y el alcance de sus designios; de ahí que las medidas sugeridas se ofrecen, con un margen y una elasticidad lo suficientemente acentuados, para que la perplejidad se genere en los medios moscovitas y la «guerra fría» sea así sometida a un creciente proceso de desarticulación.

Hasta el presente parece que Eisenhower se atiene a su programa pre y poselectoral, en el sentido de intentar la siembra de la perplejidad y provocar la desorientación, entre los que hasta el presente ostentaban el monopolio, en el manejo de ambas armas temáticas, artilugios específicos de la «guerra fría». Ello es dable comprobarlo, recordando los tres puntos básicos del programa internacional de Eisenhower: 1.º Ordenar a la VII flota norteamericana el abandono de su misión de vigilancia, en las aguas que separan la isla de Formosa, del continente asiático. 2.º Propugnar el posible establecimiento del bloqueo de las costas chinas. 3.º Declarar vulneradas por Rusia, determinadas cláusulas de los acuerdos internacionales concertados en el período bélico. Cualquiera de las medidas planeadas encierra perceptible significación, pero acaso la inquietud que tales propósitos pueden despertar en los medios moscovitas, provenga, más que de las normas enumeradas, del cómo, el cuándo y el por qué de tales decisiones. En ese margen de indeterminación debe buscarse lo que pueda encerrar de eficiencia táctica, lo que Eisenhower propugna. En tal sentido parece registrarse un cambio substancial, por explicables motivos de repercusión, en las reac-

ciones soviéticas. A este propósito, una palabra parece recobrar vigencia acentuada, la palabra rusa *bdiitelnost* (vigilancia); de esa reinstalación del alerta, cabe deducir que no ha tenido mucha longevidad la tesis staliniana, reflejada en su citado artículo, publicado en la Revista «*Bolchevik*», artículo que tenía respecto de Rusia, propósitos aquietantes, por cuanto, a tenor de la versión que en él mismo se ofrecía, de dos antitesis posibles (la del mundo capitalista frente al comunista y la que se genera por las contradicciones que se asegura amenazan la estabilidad del mundo capitalista), se afirmaba que la segunda se había antepuesto a la primera. Era el propio Stalin quien se veía constreñido a tomar la espalda a su tesis aquietante del pasado mes de octubre e impulsado a releer lo que el propio Stalin había escrito, en 1926, en sus «Problemas del leninismo»: «En tanto exista el cerco capitalista, existirá igualmente el peligro de una intervención con todas sus consecuencias». Ello puede considerarse como fruto de la nueva técnica de Eisenhower y que equivale a un rescate parcial de la iniciativa dialéctica y táctica, hasta el presente y desde 1945, prerrogativa rusa. Sin duda por ello, Eisenhower parece inclinado a no abandonar esa imprecisión de sus designios, que esgrime como arma táctica, inclinación que parece acentuada leyendo el proyecto de resolución que Eisenhower ha depositado en el Congreso el 20 de febrero de 1953. En el mismo se lee, que en el curso de la última guerra el Gobierno norteamericano «ha concluido, en el curso de conferencias secretas, diversos acuerdos o arreglos internacionales, concerniendo a otros pueblos. Los dirigentes del partido comunista, que hoy controlan a Rusia, violando la intención explícita de dichos acuerdos, han sometido a los pueblos interesados, incluso a naciones enteras, a la dominación del imperialismo totalitario. Tal absorción forzada de pueblos libres, por su despotismo agresivo, incrementa la amenaza contra la seguridad de los pueblos que aun son libres, entre ellos el nuestro. El pueblo de los Estados Unidos, fiel a su tradición y a su amor a la libertad, no aquiescerá nunca a la esclavitud de ningún pueblo». En vista de lo cual, Eisenhower, sugiere sea formulada una Declaración, en el sentido de que los Estados Unidos rechazan toda interpretación de los acuerdos internacionales, concluidos en el curso de la última guerra mundial y que han implicado la reducción a esclavitud de los pueblos libres.

La técnica de Eisenhower, reflejada en su citado proyecto de

Resolución, parece tender a la reinstalación, en toda su vigencia, de la doctrina del «no reconocimiento». Se trata de una Declaración similar a la consignada en el Mensaje de 2 de diciembre de 1823, fundada en el propósito de considerar inoperantes determinados hechos consumados. Forma parte de la nueva inclinación política norteamericana en materias internacionales, que los franceses denominan *refoulement* y que los norteamericanos rotulan *roll-back policy*; constituye una clara superación de la *containement policy*, a tenor de la cual era preciso considerar como irreformable el *statu quo* posbélico, construido por Rusia en su beneficio y por la puesta en acción del sistema denominado de los hechos consumados. La nueva política de Eisenhower, implica, por tanto, las siguientes consecuencias: dinamización de la política internacional norteamericana, en un doble sentido: asignar carácter precario al presente *statu quo*, considerando que su prolongación sólo puede alcanzarse si los Estados Unidos practican una política internacional conformista, asentimiento que se estima condenable, por cuanto su prestación se haría a expensas de la libertad de los pueblos esclavizados, bajo el rótulo de Estados satélites y al propio tiempo ofrecer a los pueblos que aspiran a la manumisión, la seguridad de que Norteamérica considera dicha inclinación como lícita y les prestará el apoyo a su alcance, sin que ello implique promesa de intervenir directamente en las luchas que dichos pueblos puedan entablar, con vistas a la recuperación de su independencia. Bajo este signo inicia Eisenhower sus actividades presidenciales y tal sistema lo consideramos de innegable relevancia en lo que afecta a la presumible positividad de la política internacional norteamericana, que aspira a desprenderse de un conformismo, que estima punible, para reemplazarlo por una actividad de índole dinámica y con propósitos revisionistas.

Otra consecuencia no menos trascendente que la anteriormente consignada, es dable registrar. Eisenhower inicia lo que se denomina sistema de la *leadership policy*, en el sentido de reclamar para los Estados Unidos la plena responsabilidad y la iniciativa no menos integral; por ello se ha optado por el sistema de una Declaración, específicamente norteamericana; ese gesto unilateral ha provocado en ciertos medios europeos, réplicas y críticas; frente a tales disentimientos hemos de considerar que la *leadership policy*, para responder a su específica denominación

y a su especial contenido, no puede ser compartida y así como James Monroe no aceptó en 1823 lo que Canning sugería a Rush (una Declaración conjunta anglo-norteamericana, a propósito de los sucesos de América y de los designios intervencionistas de la Santa Alianza) ahora Eisenhower, descontento que Europa no se avendría a signar la citada Declaración, opta por correr íntegramente el riesgo que supone ese además norteamericano, punto inicial de una política internacional, firme, clara, dinámica y revisionista.

CAMILO BARCIA TRELLES
CATEDRÁTICO
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO